

Peripecias referidas por "inocente" lacayo.

Ma. Mercedes Galván Dávila

...El que se pone a servir
voluntad no ha de tener,
y todo ha de ser hacer,
y nada de ser decir.
Sirviendo, jugando estás,
y si quieres ganar luego,
haz siempre, porque en el juego,
quien más hace gana más."

El Burlador de Sevilla
Tirso de Molina

En 1630 aparece en Barcelona la primera edición que se conoce de la obra *El Burlador de Sevilla* de Tirso de Molina. En ella se ve reflejado el aspecto de teología moral manejado constantemente a través de las advertencias de Catalinón que lleva el papel de criado de Don Juan Tenorio, personaje principal de la obra. Tirso de Molina se encarga de imprimirle a Don Juan un carácter complejo en el que vierte una dosis de religiosidad, cree en Dios pero lo domina un impulso vital con una mezcla del bien y del mal, confía en la misericordia de Dios y ve muy remota la paga. Situación que propicia el carácter de su criado.

El título gira en torno a la condición de servicio, que obliga a un criado a facilitar a su amo, las acciones que le permitieron seducir, deshonorar y abandonar a muchas hermosas, de cualquier rango. Escucharemos su voz a partir de la experiencia vivida en su paso por las obras *El Burlador de Sevilla* de Tirso de Molina; en *Don Juan o El convidado de piedra*, de Molière y en la obra *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla, El personaje nos describirá su práctica de criado de un señor muy libertino al que le debe lealtad, a quien critica a sus espaldas, pero, a quien obediencia debe.

Durante las tres jornadas de la obra *El burlador de Sevilla*, Catalinón se manifiesta inconforme del papel que le tocó desempeñar como criado en la obra, nunca se asume responsable.

Posteriormente aparece en Francia como Sganarelle en la obra de *Don Juan o El Convidado de Piedra* de la pluma de Molière. Aquí nos refiere brevemente ciertas actitudes que reafirman y

refinan algunos de los defectos, que reconoce propios, a su paso por la obra de Tirso de Molina. Manifiesta su dolor ya que salió arruinado pues hasta el salario perdió y es algo que hasta hoy lamenta.

Finalmente este lacayo cierra, mencionando que se ha pasado la vida reapareciendo de comedia en comedia, en obras de distinto escritores, así como lo hizo en *Don Juan Tenorio* de la pluma de José Zorrilla, otro español que nació en Valladolid por el siglo XIX. En esa obra lleva el nombre de Marco Ciutti, destaca sus cualidades y con cierto disimulo menciona algunos vicios que le ofrecieron placer por esa vida que como sirviente ha sabido desempeñar, cumpliendo con su deber.

A Continuación escucharemos las peripecias que nos refiere un “inocente” lacayo:

Corría el año de 1630, cuando por vez primera oyeron mis oídos llamábanme Catalinón, un nombre que a mi no me ha cuadrado, pero a mi padre Don Tirso de Molina, le gustó así llamarme y ahí tienen ustedes que hube de cargar en esta vida por tantas páginas con ¡cada nombre! Mi conducta no ha sido del todo admirable, tan cierto es, que la persona que hoy me hace hablar, me acusa de cómplice de mi amo como antes ya lo había hecho Don Guillermo Díaz-Plaja¹

Deseo justificarme y por tal razón, válido es que ustedes sepan, que mi comportamiento se debe a la tinta que derramó la pluma que dirigió la mano y la ficción del que les digo fue mi padre primero, Don Tirso de Molina, ésta no va a ser confesión, sino que yo de alguna forma, he de justificar las acciones que me tocó desempeñar en este rollo o lío, en que estoy ya metido.

He de decirles que subí a los escenarios con el papel de lacayo de Don Juan Tenorio, y por primeras cuentas quiero participarles: mostré inconformidad en lo que a mí me toca, pues nunca me he callado lo que pienso, ni lo que siento.

Recuerdo aquella vez que huíamos de Nápoles y hacia España nos dirigíamos, cuando en medio del mar el castigo divino nos alcanzó y naufragamos.

Estábamos huyendo porque Don Juan, con el suplantamiento de ser el duque Octavio deshonró a la duquesa Isabela. Maldije al mar y a Dios, por habernos causado el desastre del hundimiento de nuestra nave, ya que me opuse a su decisión de juntar tanta agua que pudo haber sido vino, y que tragué, por salvar la vida de Don Juan. Desde ése día renuncio a ella, aunque esta sea bendita y así lo dije:

Si del agua que he bebido/ escapo yo, no más agua./ Desde hoy abernuncio della,/ que la devoción me quita/ tanto, que aun agua bendita/ no pienso ver, por no vella./ [...] Maldito sea el vil sastre/ que cosió el mar que dibuja/ con astronómica aguja,/ causa de tanto desastre!/ ¡Maldito sea Jasón,/ y Tifis maldito sea!/ Muerto está, no hay quien lo crea;/ ¡mísero Catalinón!/ ¿Qué he de hacer? (De Molina, 1981: 158)

Desde el principio y por prestar un buen servicio a mi amo Don Juan, me esforcé siempre por ser un poco halagüeño, razón por la que traté galantemente a Tisbea, la pescadora, lanzándole requiebros en la oportunidad que se me daba, ya que mi amo don Juan no podía escucharme, ni apercibirme porque perdido había el conocimiento. Cuando la pescadora me preguntó quién era el caballero que sin sentido estaba, le presumí que se trataba del hijo del camarero mayor del rey y que por medio de él, esperaba yo en menos de seis días ser conde en Sevilla.

De repente Don Juan recuperó el conocimiento y al verse en brazos de Tisbea comenzó con sus halagos y sus promesas de matrimonio que por cierto, no tardó en creerle Tisbea, la pescadora.

Como antes ya les dije siempre mostré inconformidad por cuanta orden se me daba (que fuera para mal), porque soy yo, hombre de bien (y hasta por el nombre que me tocó cargar). Por eso le hice saber a mi amo, cuando dispuso que preparara las yeguas para la huida, por el próximo goce de Tisbea. "Aunque soy Catalinón,/ soy, señor, hombre de bien;/ que no se dijo por mí:/ "Catalinón es el hombre";/ que sabes que aquesse nombre/ me asienta al revés a mí."(De Molina, 1981: 163)

Aquí fue donde le pregunté a Don Juan, si todavía pretendía gozar a la Tisbea y me contestó que ése era hábito antiguo en él y entonces, yo le advertí “Los que fingís y engañáis/ las mujeres de esa suerte/ lo pagaréis con la muerte.” (De Molina, 1981: 163)

Después cuando apareció el duque Octavio, no pude evitar mi sarcasmo y así le dije a Don Juan “Señor: detente, / que aquí está el duque, inocente/ Sagitario de Isabela,/ aunque mejor le diré/ Capricornio.” (De Molina, 1981: 169)

No fue agresivo el encuentro ya que el duque Octavio ignoraba que la afrenta provenía de Don Juan; antes bien, le dio su apoyo por si hubiera algún problema con el marqués de la Mota, vi la oportunidad para verter mi opinión aparte, sobre Don Juan: “Y si importa gozará/ en su nombre otra mujer;/ que tiene buena opinión.” (De Molina, 1981: 169)

Luego ofrecí mis servicios a los dos: “Si fuere de algún provecho,/ señores, Catalinón,/ vuarcedes continuamente/ me hallarán para servillos.” (De Molina, 1981: 169)

En ningún momento dejé de lanzar mi opinión sobre las actitudes de mi amo. Por supuesto aparte. Como en el momento en que el marqués de la Mota, le saluda y dice anda en su busca: “Como no le entreguéis vos/ moza o cosa que lo valga,/ bien podéis fiaros dél;/ que en cuanto en esto es cruel,/ tiene condición hidalga.” (De Molina, 1981:170)

Aquí el marqués de la Mota refirió a Don Juan, la belleza de su prima Doña Ana, que de Lisboa había venido y le hizo saber del gran imposible que significaba para él, porque el rey ya la tenía prometida para el duque Octavio. Como alababa grandemente la belleza de doña Ana, Don Juan quiso conocerla y conociéndolo yo no pude menos de lanzar mis opiniones sobre él: “ No prosigas, que te engaña/ el gran burlador de España.” (De Molina, 1981: 171)

Luego se le presentó la oportunidad a mi amo Don Juan, pues la suerte le permitió recibir un mensaje que doña Ana dirigía al marqués de la Mota donde asentaba que lo esperaba esa noche, razón que lo motivó a suplantar al marqués de la Mota en aquellos menesteres. Por supuesto no

estuve de acuerdo con él, ni aprobé su proceder de burlar con engaños a las bellas nuevamente. Pero, por la paga que recibo... el que servicio presta (además de atribuir mi opinión a cobardía por el peligro que ofrece), así me dijo Don Juan: “Y al cobarde hace el temor./ El que se pone a servir/ voluntad no ha de tener,/ y todo ha de ser hacer,/ y nada de ser decir./ Sirviendo, jugando estás,/ y si quieres ganar luego,/ haz siempre, porque en el juego,/ quien más hace gana más.” (De Molina, 1981: 173)

Yo no acepté con agrado sus palabras, pero rectifiqué: obedecería (incluso), si se tratara de forzar a un tigre o a un elefante.

Don Juan burló a doña Ana y de paso, mató a Don Gonzalo su padre. Ella se dio cuenta del engaño y yo, cobarde y temeroso en la huida exterioricé: “Si escapo de aquesta,/ no más burlas, no más fiesta.” (De Molina, 1981: 177)

La última aventura de la segunda jornada en la que tuve que participar por cumplir con mi deber, fue cuando desterrado Don Juan por el rey, para Lebrija nos fuimos.

Ocurrió en aquel viaje el tropiezo con la boda de los pastores Aminta y Batricio. A ellos, mi amo se agregó y aprovechó un buen momento para halagar con piropos a la novia.

Al principio de la tercera jornada Aminta se resistía de creerle a aquel señor que según decía gozaba de muy buena posición “...Yo soy noble caballero,/ cabeza de la familia/ de los Tenorios, antiguos/ ganadores de Sevilla./ Mi padre después del rey,/ se reverencia y estima,/ y en la corte, de sus labios/ pende la muerte o la vida.” (De Molina, 1981: 187)

Sin embargo en cuanto mi amo Don Juan le propuso matrimonio a la Aminta ésta empezó a desatinar, aunque todavía le argumentó que bien conocido era, que ya había sido desposada. Mi amo Don Juan, la interrumpió en ese instante y le aclaró: que no era válido su matrimonio, puesto que aún no se había consumado. Turbada y cándida, Aminta, aceptó la proposición de matrimonio con mi amo y entre estas y aquellas lisonjas le permitió seducirla.

Debo decir, que el final de esta aventura tuvo su buen desenlace, aunque aquí ocurrió también, lo que antes en otros lares, pues ofendidos y engañados se quejaron con el rey. Y el rey atendió toda querrela y asimismo resolvió: Octavio con Isabela casó; Doña Ana de Ulloa con el Marqués de la Mota; mientras que Aminta con Batricio; y Tisbea, con el Anfriso.

Mi querido amo, muchas cosas me enseñó como aquello de saber vivir, gozando, pues la vida es el momento que pasa, no hay que temer ni al presente, ni al recuerdo. ¡Gozar sin preocupación alguna!

Aunque el final de mi agrado no lo fue y creo tampoco a Don Juan, pues la osadía cometida por la invitación que hiciera a Don Gonzalo de Ulloa, para que a cenar viniera en su mesa y a su casa, le trajo la perdición. En vista de que mi amo atrevido como fue, no podía mostrar desprecio o temor a Don Gonzalo de Ulloa con la invitación que por corresponder le ofreció, así fue que en la trampa él cayó y Don Gonzalo de Ulloa al infierno lo llevó. Yo creí en aquel momento que también me perdería pero don Gonzalo dijo: “Esta es justicia de Dios:/ “quien tal hace, que tal pague” (De Molina, 1981:202)

Y así fue que yo cumplí mi destino literario, como lo ordena el que escribe hoy, don Tirso de Molina, mañana no sé yo quién. Y así lo verán ustedes. Aquél que siga escribiendo sobre esta o aquella historia seguirá dando la orden al que al tablado se suba a cumplir con el papel que en el reparto le den.

Treinta y cinco años después, otro escenario pisé, otro nombre me estrené, Sganarelle me llamaron y mi cuna ha sido Francia (aunque mi origen primero ustedes saben, España), mi padre ahora es Molière; mi papel: fui el criado de Don Juan y me otorgaron o me regalaron el de cómplice de sus hazañas, ¡qué digo! De su aventurera vida.

Quien se emplea como hice yo, en oficio que las letras o más bien, la invención que un escritor le procura, se ve obligado a cumplir su profesión con toda la voluntad, para que a buen fin se lleve la intención de su creador.

Siento que yo observé cierto perfil (además), que me permitió cumplir con mucha facilidad el papel que me asignó en esa ocasión Molière, porque por ahí escuché (de malas lenguas por cierto), si en la balanza ponemos las acciones, las virtudes, los defectos, tanto de Catalinón el servidor de Don Juan, en la obra original, de Don Tirso de Molina, como de mí, Sganarelle, resultado de la pluma de Molière, dicen salgo yo excedido, porque: refiné en la cobardía, fui perfecto en el mentir, siempre procuré acomodo personal, cuando el peligro asomaba, yo me protegía primero y si aprovechar podía la oportunidad de los momentos, partido sacaba luego, de las circunstancias. No quiero justificarme pero es obligación del hombre cuidar de la vestidura (del pellejo), que el Señor le regaló y como yo siempre he sido, entendido ¡perdón! cumplido, en cuestión de religión y más si de moral se trata, que por cierto también esto confundió siempre a mi amo Don Juan, que convierte a la moral (que yo siempre traté de que él observara), en defecto, con un nombre tan perverso: Cobardía le llamó, pues según él, no sé vivir la vida, porque le tengo yo miedo al castigo, a los infiernos, a esa pena del averno. Sin embargo tengo yo un remordimiento por el fin que tuvo mi amo, porque siento que de alguna forma, yo he de haber contribuido a su suerte, porque todos los defectos que yo tengo, éstos míos, los muy propios, los que a Sganarelle le sirven para que lo identifiquen, éstos que gracias a la distinción que el destino literario a mí me supo imputar; sirvieron, para que yo colaborase como repugnante cómplice y así le facilitara, no sólo las aventuras, sino que a evitar los riesgos procurando llegar hasta el fin ¡salvos! Cosa que no del todo logré, porque también yo salí perjudicado ya que hoy, lo que más me mortifica, me preocupa es que parece que todos los que agravo recibieron de Don Juan, se encuentran muy satisfechos de la pena que finalmente mi amo Don Juan recibió y a mí esto me causa un dolor muy grande porque, ¿quién se ocupará de mi salario cubrir?

¡Ay, mi salario, mi salario! ¡Con su muerte todos quedaron contentos! Cielo a quien ofendió, leyes violadas, doncellas seducidas, familias sin honor, padres escarnecidos, mujeres desgraciadas, maridos engañados, todos estarán

satisfechos! El único desventurado soy yo. ¡Ay, mi salario, mi salario, mi salario!... (Molière, 1983: 159)

De vuelta a España, la pluma de José Zorrilla me bautizó: Marco Ciutti, me he pasado la vida de comedia en comedia. Como todo criado he sido simpático y picarón, un tanto astuto y gracioso, he amado la buena mesa y buenas mozas también; perseguí y procuré (por cumplimiento al deber), allegarme a las duquesas, damas, pastoras y monjas (que votos no habían jurado), con mensajes ¡claro está! Porque como antes lo dije era mi obligación de cumplir ya que servicios hasta ahora, sigo prestando a Don Juan, y es mi destino atender las órdenes de mi señor, pero, ¿mi señor he dicho? Y ustedes ya comprobaron que a otros señores también, pues hoy por hoy como Ciutti, luego como Sganarelle y anterior a él, el primero, me llamé Catalinón. Esos nombres, se los debo a las plumas de tres escritores que hoy, les decidieron reunirse mediante, yo un simple criado, que su servicio se ha permitido prestar (a través, ¡claro! de ellos), en las épocas de ayer, como la de hoy también, con el sello que me imprimió cada uno, por su gusto o su placer, actitudes que me diferencian poco, pero con su muy particular estilo, porque... Siempre me gustó el buen vino y las mozas como dije; nunca he dejado de ser fanfarrón; el miedo no lo he olvidado; un poco de perezoso y mucho de aprovechado. José Zorrilla, mi padre, que nació en el siglo XIX debe encontrarse contento, aquí o allá, donde esté, porque al escenario sigo subiendo con él, o su memoria, más bien.

BIBLIOGRAFÍA

- DÍAZ-PLAJA GUILLERMO, 1944, *Geografía e Historia del Mito de Don Juan*, Discurso inaugural, Edicol: Casa Provincial de Caridad: Barcelona, España, Imprenta-Escuela, 23 pp
- MOLINA TIRSO DE, 1981, *El Burlador de Sevilla*, Octava Edición, Pról. Juana de Ontañón, México, Porrúa, (Col. Sepan Cuantos, n° 32), pp. 248
- MOLIÈRE, 1983, *Don Juan o El Convidado de Piedra*, Duodécima Edición, Trad. de A. Cebrián, Introducción, Noticia Histórica, Carlos M. Princivalle, México, Espasa-Calpe Mexicana, 09,06, Col. Austral, N° 948 pp. 159
- ZORRILLA JOSE, 1986, *Don Juan Tenorio*, Decimo Tercera Edición, Pról. De Salvador Novo, México, Porrúa, (Col. Sepan Cuantos, N° 58) pp. 143

¹ Esta información se localiza en el Discurso pronunciado por Díaz-Plaja: Acto Inaugural del Curso 1944-1945, el 9 de octubre de 1944, en el "Instituto del Teatro de la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona. Conservatorio Superior de Declamación y Danza y Escuela de Escenografía".

Guillermo Díaz-Plaja *Geografía e Historia del Mito de Don Juan*, Primera edición: 1944, Discurso inaugural, Edicol: Casa Provincial de Caridad: Barcelona, España, 1944, Imprenta-Escuela, 1944, p. 10